



COMENTARIO RELIGIOSO

Domingo 14 de septiembre 2014

DOMINGO 24° DURANTE EL AÑO

Mes de la Biblia – Mes de la Virgen de la Merced – Mes de la Patria

Textos Eclesiástico 27, 30 -28, 7 *“Piensa en tu fin y acaba con tu enojo”.*

Salmo 102 *El Señor es bondadoso y compasivo*

Rom 14, 7-9 *“Ninguno de nosotros vive para sí, ni tampoco muere para sí”*

Mt 18, 21 – 35 *“No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete”*

Escuchamos las lecturas bíblicas de este domingo y nos damos cuenta que hay una gran sintonía en el mensaje. En efecto, se trata del perdón de las ofensas en su justa doble orientación como realidad que nos une a Dios y al prójimo. Y esa realidad es el amor cristiano, la caridad que Dios infunde en nuestros corazones por medio de su Espíritu y de su Hijo Jesucristo. El perdón tiene así una dimensión teologal, es decir, es una realidad que sólo se comprende y se vive desde el misterio de Dios, bondadoso y compasivo como nos dice hoy el salmo responsorial.

La primera lectura corresponde a un libro sapiencial, un escrito que enseña, aconseja, propone la sabiduría y la prudencia. Su autor es un hombre culto y experimentado, conocedor de diversos pueblos y culturas. El libro Eclesiástico fue compuesto en hebreo hacia el año 197 antes de Cristo y pretende reafirmar la fidelidad a la ley y a la tradición de sus antepasados. Se dirige a los judíos dispersos en distintos pueblos y culturas. El texto que hoy escuchamos en nuestra celebración litúrgica se refiere a la venganza y hace un llamado al perdón y a la misericordia para con el prójimo. Es destacable que estamos ante la esencia de la oración del Padrenuestro cuando invita a perdonar al prójimo para ser también perdonados por Dios. Sólo perdonando de corazón podemos desterrar el ansia de venganza que puede invadir nuestro corazón como un veneno que destruye la paz e impide abrirse a Dios mismo y al prójimo. El perdón no es un simple ejercicio de conveniencia o de política, es un gesto que nace de lo más hondo del ser humano movido por el hecho de haber sido perdonado ya por Dios.

La segunda lectura es una forma de oración dentro de ámbito de la exhortación moral que viene haciendo el Apóstol en estos capítulos finales de su carta a los romanos. El texto tiene la forma de un himno litúrgico en el cual se expresa una confesión de fe. El centro del mensaje es la convicción que mueve todo el texto: **“Somos del Señor”**. Y si somos del Señor esto constituye el centro total en torno al cual gira toda la vida del cristiano. El centro de nuestra existencia cristiana es el Señor Jesucristo, su Persona, su Palabra, su Amor. Y el título “Señor”, “Kyrios”, supone que reconocemos su soberanía y dominio, su señorío y reinado sobre nuestra vida entera. Y si es “El Señor” puede pedirnos todo, absolutamente todo. Todo otro señorío mundano no será más que eso. El único Señor es Jesucristo.



El evangelio de San Mateo nos ofrece la última enseñanza del capítulo 18, el cuarto discurso de Jesús dirigido a sus discípulos y las instrucciones a una comunidad cristiana sometida a las tensiones entre distintos grupos y problemas de convivencia. En este retrato del capítulo 18 leemos también nuestras propias dinámicas comunitarias, tensiones y problemas de convivencia. Nos ocupamos del mensaje el domingo pasado y éste.

Se abre el evangelio con la pregunta de Pedro: *“¿Cuántas veces tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”*. Siete es un símbolo matemático que denota perfección. La pregunta de Pedro se aclarará en la parábola de los dos deudores, ya que Jesús le responde con número indefinido expresado en el *“No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”*.

La parábola de los dos deudores nos ofrece contrastes extremos. El primer deudor debe diez mil talentos, moneda de oro, cuyo monto es impagable simplemente para gente común. La Biblia de Jerusalén Latinoamericana indica que esta cifra correspondería a 50 millones de pesos en lenguaje nuestro. Se trata de mucho dinero. El segundo deudor debe una miserable cifra de “cien monedas”, ínfima cantidad.

Otro aspecto de este extremo contraste es la actitud del rey en el caso del primer deudor. Ante la imposibilidad de poder cancelar semejante deuda, el sirviente le suplica: *“¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!”*. El rey accede y le perdonó la deuda. Indica el texto que se compadeció del afligido sirviente. Pero, el mismo sirviente así tratado con tanta benevolencia, arremete contra un compañero suyo que le debía un pequeña cantidad. La súplica es la misma que había hecho ante el rey en el primer caso pero el resultado es abismante opuesto: *“Pero el otro se negó y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda”*.

El mensaje de la parábola es estupendo. Las relaciones de los seres humanos con Dios y con los demás es el tema central. Todo hombre se encuentra ante Dios en la primera situación relatada por la parábola. Es imposible pagar a Dios la deuda contraída por nuestros pecados y entonces Dios perdona por puro amor, por pura gracia. Se esperaría que quienes hemos sido perdonados así, deberíamos practicar lo mismo con el prójimo. Por desgracia no es así. Y quedamos representados en la segunda escena. Nos comportamos como siervos despiadados y la mezquindad del corazón humano queda simbolizado de modo certero. No sabemos perdonar ante las pequeñeces y estupideces de nuestro diario vivir y olvidamos que se nos condonó una deuda imposible de cancelar.

¿Qué nos enseña esta parábola? Dios, bondadoso y compasivo, lleno de amor y clemencia, nunca cierra la puerta de su perdón y lo ofrece incesantemente a todos aunque nos parezca casi imposible aceptarlo. Dios siempre perdona a quien se arrepiente y se lo pide. Pero también Dios retira su misericordia de aquellos que niegan el perdón al prójimo. Es la escena final de la parábola. No se puede separar jamás el amor a Dios y el amor al prójimo.



Provincia Mercedaria de Chile

La conclusión de la parábola es clara: **“Así los tratará mi Padre del cielo si no perdonan de corazón a sus hermanos”**. Estamos de acuerdo que el perdón del prójimo no es instantáneo ni mecánico, al menos el verdadero perdón. Hay formas externas de “buena educación” que no necesariamente representan una actitud de nuestra interioridad. Hay perdón de los “dientes para fuera”, hay perdones emocionales, hay perdones que nunca reconcilian. Jesús nos propone un desafío inmenso porque el perdón radica en el amor, en la totalidad de la persona. Pidamos al Espíritu Santo la gracia de perdonar siempre y perfectamente, con humildad y sinceridad.

Un abrazo y hasta la próxima. Fr. Carlos A. Espinoza Ibacache, O. de M.